

≡ CUENTOS ≡ ARAGONESES

QUINTA SERIE



Admón.:

Lagasca, 101.

MADRID

25
CÉNTIMOS

— ¡Mialo, mialo! Paice un barquico, y cuando pasó por aquí paicia una iglesia de grande.

— Pero, hombre, ¿no ves que si ahora fuera tan grande como antes no podría pasar por allí? ¡Tropezaría en el cielo!

T. 528 211

FJOTA.F-194
[Handwritten signature]

R. 139524

CB. 3621108

CUENTOS ARAGONESES

VOLUMEN 15

COLECCIÓN "ALEGRÍA" A 1'50 cada volumen

Volumen I.—Aventuras del Cabo López en el Transvaal. Con ilustraciones de Alf el Rubio.

Volumen II.—Historietas baturras, por Gascón y Cuentos de mi tierra, por Castro Les. 1.ª serie.

Volumen III.—Portugal en broma. Original de Luis Taboada, con ilustraciones de J. Xaudaró.

Volumen IV.—El rapto de la Sabina. Novela cómica, por A. R. Bonnat, ilustraciones de Verdugo.

Volumen V.—Madrid pintoresco. Original de Eusebio Blasco, con ilustraciones de Enclso.

Volumen VI.—Historietas baturras, por Gascón y Cuentos de mi tierra, por Castro Les. 2.ª serie.

Volumen VII.—El prometido de Aurelia. Narraciones humorísticas de Mark Twain.

Volumen VIII.—Historietas cómicas. (Agotado).

Volumen IX.—Tipos raros, por Juan Pérez Zúñiga, dibujos de Zúñiguita.

Volumen X.—Floresta cómica. Colección de cuentos, agudezas y descripciones de los graciosos de nuestras comedias, con ilustraciones de F. Verdugo.

Volúmenes XI y XII.—Cuentos aragoneses, por Eusebio Blasco. Dos tomos, con ilustraciones de Gascón.

Volumen XIII.—La novia. Novela cómica, por Pedro J. Solas, ilustraciones de Karikato.

Volumen XIV. Memorias... a la familia, por Tomás Luceño, dibujos de Cilla.

Volumen XV.—Pitorreos médico-quirúrgico-farmacéuticos, por el Dr. Abella, dibujos de Gascón.

Volumen XVI.—Pura broma. Original de Juan Pérez Zúñiga, dibujos de Zúñiguita.

Volumen XVII.—Historietas baturras, por Gascón, y Cuentos de mi tierra, por Castro Les. 3.ª serie.

Volumen XVIII.—Cuentos escogidos, por Mark Twain, dibujos de Robledano.

Volumen XIX.—Nuevas baturradas, por Alberto Casañal, dibujos de Gascón.

Volumen XX.—Cuentos y anécdotas de toros, por Leopoldo Vázquez, dibujos de Robledano.

Volumen XXI.—Hojas de lata, por Juan Pérez Zúñiga, dibujos de Xaudaró y Zúñiguita.

Volumen XXII.—Broma y más broma, original de Vital Aza, dibujos de Zúñiga.

BIBLIOTECA «PARA TODOS»

VOLUMEN 15

CUENTOS ARAGONESES

POR

Eusebio Blasco, V. Castro Les
y Agustín Peiro (Antón Pitaco)

Cuentos e ilustraciones de Gascón

ES PROPIEDAD :: DERECHOS RESERVADOS

ADMINISTRACIÓN

DEL

NOTICIERO-GUÍA DE MADRID

LAGASCA, 101.

Biblioteca JUVENTUD

Precio en rústica, 0,25. En pasta, 0,50

Volumen I.—Aventuras de un buzo, por H. O. Wells
Dibujos de Chacón Montoro (Alza).

Volumen II.—La Cantinera (Episodios de la guerra
de Africa), por V. Castro Les. Dibujos de Márquez.

Volumen III.—Naufragio, cuento dramático de B. de
Amela, y Hazañas de Diablillo, cuento cómico del Bachí-
ver Alegría. Dibujos de Chacón.

Volumen IV.—El collar de estrellas, por Abel, con
dibujos de Chacón Montoro.

Colección MARAVILLAS

A 0,60 cada tomo

Volumen I.—Chascarrillos baturros, por Calreles,
con ilustraciones de Gascón.

Volumen II.—Consultor y guía de los novios. Inter-
sante tratado que leerán con gusto los enamorados.

Volumen III.—Chascarrillos andaluces, por Carro
Veneito, dibujos de Xaudaró.

Volumen IV.—Los juegos de manos al alcance de
todos, con dibujos que ilustran el texto.

Volumen V.—Manual de cocina sencilla, por doña
Luz Martín, dibujos de R. Carcedo.

Volumen VI.—Manual de repostería sencilla, por
doña Luz Martín, dibujos de Santana Bonilla.

Volumen VII.—Chascarrillos taurinos, por Calreles,
dibujos de Robledano.

Volumen VIII.—Los remedios caseros.

Torrent y Compañía, Válgame Dios, 6, Madrid.—XI-1926.



CUENTOS ARAGONESES

Convite macabro.

—¡Señor!

—¿Qué hay?

—Que ahí viene un buen hombre qu'ice
que viene de Zaragoza, y que si le da usté
de almorzar.

—¿No será el deputao?

—No, señor, no; que es un viejo que lo
van siguiendo los chicos po la calle, qu'icen
que quien matalo a pizcos.

—¡A ver! ¡Que entre! ¿Está la comida
u qué?

—Sí, señor, ya tiene usté las magras en
la mesa.

—Pus avísale a la dueña, y sube de
aquel vinico que me regaló el cura, que se

pué cortar con un cuchillo, y a ver qué hombre es ese.

(La criada va y vuelve.)

—¡Ay, señor!

—¿Qué ocurre?

—¡Ice el hombre que es el señor Juan el verdugo, que viene a darles garrote a los que mataron al pastor de Daroca!

—¡Bueno, pus que suba!

—¡Virgen Santísima, qué güespede nos ha caído! ¡A mí me da mucho miedo!

—¡Saca las sopas y no tengas miedo a na! ¡Suba usted, señor Juan! ¡Pilara! ¡Amos a comer, y arrea, que hay un convidao.

(Entra el forastero.)

—¡Buenos días tengan ustedes!

—¡A la paz e Dios! ¿Qué tal?

—Bien, ¿y usted, don Celipe?

—Hay salú. ¿Ya viene usted a dar disgustos?

—Sí, señor; aquí venimos a dale gusto al pueblo. ¿Querrá usted creer que en la posá no me quién dar e comer?

—¿Y eso?

—¡Qué me sé yo! ¡Icen que porque soy el ejicutor! ¿Conque el verdugo no pué comer? ¡Amos, hombre, que se oyen cosas

que hay pa aborrecer las judías! Conque dije yo: a ver si don Celipe me da un piázo e pan y una miaja e vino, que tengo más hambre que un cabo e realistas.

—¡Pus siéntese uste y coma! ¡Pequeños!

—¿Tié usted más chi os?

—¡Cinco tengo ahora, porque ésta... (entra la Pilara) cada año me da uno, y los bisiestos dos!

—¡Buena coneja! ¿Qué tal está usted?

La mujer.—¡Ay, Dios mío! ¿Vamos a comer tóos juntos?

—¡A callar y a comer! ¡En mi casa no se le ha negao de comer a nadie! ¡Siéntese usted, tío Juan, no le haga usted caso! ¡Pequeños! ¿Ande están los chicos? ¡A ver si voy por ellos! ¡Pequeños!! (Entran los niños.)

—¿Vis a este hombre? Pus éste es el señor Juan, el verdugo. El que me llore pa irse a la cama o no me sepa la lección mañana, le da garrote.

Los chicos llorando.—¡Ay, madre, que nos van a dar garrote!

La Pilara.—¡No seas apatusco, no me asustes a las criaturas!

Celipe.—¿Verdá, señor Juan, que si son malos los va usted a llevar al palo?

—Como me llamo Juan.
—Ya lo sabís; conque a comer sin rechistar; pruebe usté estas magras, que son del tocino qu'imos matao en casa. Al



ministro de la Gobernación le gustaron mucho.

—Sí que son güenas.

—¿Y cuántos años tié usté?

—Setenta y dos.

—¿Y ha espachao usté muchos reos en su vida?

—Con estos de mañana, cincuenta y ocho.

—¡Rediós y qué manos! ¡Vaya un trajín ...

que se ha traído usté! ¿Y qué tal de familia? ¿También tié usté chicos?

—Tengo uno que le estoy enseñando el oficio; pero es muy zaforas, no sirve pa el caso.

—¿Tan defícil es eso?

—Sí, señor, que lo es; y, dicho sea sin alabame, creo que mis parroquianos se van contentos de mí. No crea usté que es fácil dales gusto, porque hay reos que son mu delicaos.

—¡Sí lo creo! Vaya un vaso e vino, verá usté qué cosa más rica.

—Cosa güena es; de éste les dan a los que están en capilla.

—Pus lléveles un poco, ¡pobrecicos!; que lo prueben, que por mucho que beban no acabarán con la cuba, ¿verdá usté?

—Tal creo.

—Pero me paice a mí que está usté muy acabao y que no tié usté jarcias pa lo que trae entre manos.

—¿Que no? No se pondría usté pa que yo le diá las tres güeltas.

—¿A mí? ¡Del jetazo que le daba a usté le enviaba a Zaragoza!

—No ha nacío el que me dé a mí jetazos,

porque entonces tendría yo que dame garrote a mí mismo.

—¿Tan templao es usté? ¡Amos!, beba, beba, y no me corrompa usté las oraciones, que no está usté pa valentías.

—¿Que no? ¿S'apuesta usté a pulsear?

—¡Beba usté, tío Juan, no me haga usté rír!

—De mí no se ríe naide, y si porque me da usté de comer se cree usté que le tengo miedo...

La Pilara. — ¡Celipe, no te comprometas!

Los niños entrando. — ¡Padre, que está en la calle tóo el pueblo, que vienen a matar al huespéde!

—Pus no le tengo miedo ni al pueblo ni a ustés.

— ¡A ver si calla usté, tío Juan, o lo tiro por la ventana!

— ¡Amos a velo! (Sacando la navaja.)

La Pilara abriendo el balcón. — ¡Que está aquí el verdugo y quié matar a mi marido!

Celipe, cogiendo a Juan por el cuello. Suelta la herramienta o te meto en la tenaja, ¡asesino!

— ¡Suélteme usté, que tengo que ejercer mi ministerio y yo soy hombre sagrado!

Voces fuera. — ¡Muera!

— ¡Suélteme usté!

— ¡Pide perdón!

— ¡Por la Virgen Santísima del Pilar, que nos oye, suélteme! (Celipe le suelta, y va al balcón y dice):

— ¡Ceudadanos! ¡El señor Juan se pone al amparo de la Virgen y hay que respetalo! (Silencio en la calle.) ¡Al que le estorbe el paso le suelto una perdigoná! (Al señor Juan.) ¡Y usté vaya usté con Dios, y aquí no ha pasao ná! ¿quié usté otro vaso e vino!

— Si, señor; y no tenga usté tan mal genio con otro verdugo que venga.

La mujer. — ¡No lo querrá Dios que venga denguno!

— ¡Pilara, saca el café; y los chicos que vengan a tomar un mantecao, y que no tengan miedo a ná!

— ¡Bueno, pero me harás el favor de no convidar a comer a más *presonajes!*

En la bodega.

CUENTO POR GASCÓN



- Mi padre murió de 103 años.
 —Yo tuve un tío que por poco no vivió 200 años.
 —¿Y de qué edad murió?
 —De 20 años.
 —¿Y dice usted por poco?
 —Custión de un cero, no pué ser menos.

X El banquete.

(Música a la puerta de casa del tío Zarrias. El pueblo en masa acude a vitorearle. Sale mi hombre con un saco lleno de duros y empieza a repartirlos a derecha e izquierda.)

Mil voces.—¡Viva el tío Zarrias!

—¡Gracias, ciudadanos; pa esto sirven los dineros, pa dase gusto y dáselo a los demás!

El cestero.—¿Pero es de veras que llevaba usted medio billete?

—Medio billete llevaba, porque naide quiso juar conmigo. Lo compré en Zaragoza, vine al pueblo, le ofrecí parte a tóo el que quiso; m'acuerdo que en un corrinche que había en la plaza se rieron del número ¡porque era el treinta pelao! Pus ahí lo tenís, en el treinta pelao ha caído el premio gordo; los que no quisieron juar se tirarán de los pelos; pus, amolase.

—¡Hala! ¿quién quíe dineros?

—¡Viva el tío Zarrias!

—¡Vaya, no hay más, no vaya a ser cosa de que le dé tóo y me quede yo sin ná! No diréis que no m'acordao de vusotros.

—¿A tóo el pueblo l'ha dau usté?

—Verís lo que hi hecho. Lo primero l'hi dau cuarenta duros al cura pa que le haga una fiesta a la Virgen en acción de gracias, y veinte pa que diga misas por mi mujer, ya que me dió tan mala vida, que si no se muere la estozuelo; ahura, que tenga sus misas. ¿Está bien hecho, u qué?

—¡Mu bien, mu bien!

Después l'hi dao a cada probe que ha llamao una peseta y un dobero, y a los viejecicos, dos pesetas y un ocho.

—¡Viva el tío Zarrias!

—¡Vaya, vaya, a callar, que a mí no me gustan las huevaciones! Por último, les hi perdonao los dineros a tóos los vecinos del pueblo que me debían.

—¡Es usté más güeno que el pan!

—Tóo el que da es güeno. No icías eso hace ocho días.

—¿Y al Ayuntamiento, no l'ha dao usté na?

—¿Al Ayuntamiento? ¡Oscurantismo porretero le daría yo! ¡Un Ayuntamiento que no tié riñones pa quitar los consumos y que te hace pagar dos riales por un conejo! ¡Que les dé su padre!

~~—¡Tié razón!~~

—Conque, señores, me voy, que el tren pa Zaragoza está chuflando.

—¿Y a qué va usté allí?

—¡Pus al banquete!

—¡Ah!, es verdá, que tié usté encargao un banquete.

—De veinte cubiertos, en la fonda e Europa; aquí tengo el parte, mialo, dice: «Banquete veinte cubiertos, estará preparado para ocho noche.» Llego a las siete, y a las ocho estoy sentao a la mesa.

—¿Y a quién va usté a convidar? ¿Es cosa de política?

—A los políticos... ¡Oscurantismo porretero les daría yo! Anda y que coman *polvora!*

—¿Pus pa quién es?

—Eso a vusotros no se os importa.

¡Vaya!, hasta la güelta; el viernes estaré aquí si no m'hi muerto.

—¡No lo permita Dios!

—Tóo el mundo da banquetes y no se pué coger un papel sin leer banquetes. ¡Pus yo también, qué moño! ¡Adiós, adiós!

—¡Hasta la güelta!

—¡Viva el tío Zarrias!

El afortunado mortal llega a Zaragoza a las siete y minutos. Va a rezar su Salve a la Virgen del Pilar y se encamina poco a poco a la fonda de Zopetti.

La mesa está preparada. En el centro,



un gran ramo de flores. Veinte cubiertos anchamente colocados. Espléndido aspecto.

El tío Zarrias llega; se frota las manos de gusto y le dice al amo:

—A mí me gusta pagar mis cosas antes con antes. ¿Cuánto vale esto?

—Como usted no pidió precio y usted tiene fama de hacer las cosas en grande, le he preparado a usted una gran comida, con vinos superiores; todo de lo mejor.

—Bueno, bueno; ¿cuánto hay que dar?

—A seis duros cubierto.

—Ahí va, el Gobierno paga. (Da un billete de mil pesetas.) ¿Ha avisado usted a la orquesta?

—Sí, señor; ya llegan los músicos; abajo en la plaza están.

—Bueno. Págalos también, y que beban todo lo que quieran.

—Está muy bien.

(El tío Zarrias se sienta a la cabecera de la mesa. Los criados encienden todas las luces.)

—¡Hala!, ya podéis servir.

El amo de la fonda.—¿No espera usted a sus convidados? No son más que las ocho.

—¿Qué convidados?

—Pues... los diez y nueve que faltan. ¿Para quién son los veinte cubiertos?

—¿Pa quién, moño, han de ser? ¡Pa mí!

—¡¡Aaah!!

—¡Pa eso sirven los dineros, pa darse uno gusto! ¿Yo convidados? ¿Dar de comer a los hambrones? ¡Oscurantismo porrete-ro les daría yo! ¡Hala! ¡hala!, venga la comida; y a los músicos, que me toquen la marcha rial, que yo me la pago. ¡Y venga vino!

Un comentario.

CUENTO POR GASCÓN



—Padre, dice el maistro que el mundo da güeltas.

—Eso ya lo hi barrentau yo, pero no hi dicho nada en casa porque luego diría tu madre que vengo borracho.

El clavo.

—¿Está Melchor?

—Arriba está el pobrecico e mi amo llorando como una Magalena.

—¿Pus qué pasa?

—¡Ah! ¿Conque no sabe usté lo que pasa?

—¿Cómo lo tengo e saber, si vengo de Pedrola?

—¡Pus suba usté, suba usté, y verá lo que es güeno!

(El forastero sube y se encuentra a su amigo Melchor hecho un mar de lágrimas.)

—¿Se pué entrar?

—¡Alante!

—Hola, Melchor, ¿qué tal?

—Estoy más amolao que pan pa migas.

—¿Pus qué te sucede, hombre? Yo venía a convidate a tomar una té.

—¡No quió té, ni café, ni ná!

—Hi llegao esta mañana de Pedrola a mercar un tocino, mejorando lo presente, y m'hi dicho: pus me voy a llegar a ver a Melchor, a ver si quié tomar una té.

—¡Que no quió!

—Pus ahí en el café de abajo dan unas tés muy buenas; con que dije yo, digo, me voy a buscar a Melchor pa convidalo a tomar una té.

—¡Dale!

—Paice que estás como amodorrao; ¿qué moño te pasa? ¡Hala!, ¡hala!, levántate y amos a tomar una té.

—¡Miá que vas a ir por la ventana!

—Chico, ¿qué es eso? ¿Ocurre alguna novedá?

—¿No notas la falta e naide?

—¡Ay, es verdá! ¿Cómo está la Celipa?

—Ya no le duele na.

—¿S'ha muerto, u qué?

—¡Ojalá s'hubiá muerto!

—¡Otra que rediós! ¿Pus que l'ha pasao?

—¡Que se m'ha matao!

—¿L'ha cogido algún coche?

—¡Qué ha e coger! ¡Pa coches estamos!

—Hombre, explicotéate, ¡no me corrompas más; las cosas, claras!

—Pus como ella era tan buenota y tan a la buena e Dios...

—¡Ya lo creo que lo era! La última vez que vine aquí la convidé a tomar una té...

—Hombre, ¡moño!, ¿quiés acabar de to-

mar té y oír un par de riales e conversación?

—¡Habla, hombre, habla!

—Pus como ella era tan buena y yo soy tan bruto...



—¡Y aun creces!...

—¡Aguarte! Resultó que el otro día le pedí unas medias pa mudame, y cuidao que en esto no incomodo mucho, porque me mudo cada seis meses. Pus no tenfa dengún par lavao. Conque voy y la digo: «Miá, Celipa, que no tiés cuidao con mis cosas, y te voy a agarrar por el moño y vas a ir a la sima.» ¡Qué le quise icir! Se me echa a llorar, echa a correr, llega la

hora de comer, y échate a buscar a la Celipa. Empiezo a correr la casa, no me l'hallo por denguna parte, voy y subo al granero... y me la encuentro ahurcá de un clavo.

—¡Remoño!

—Como lo oyes. Ven aquí, ven.

(Lleva a su amigo al granero y le enseña un clavo enorme clavado en una viga.)

—¿Lo ves?

—Ya lo veo, ya.

—¡Pus ahí puso una sogueta y de ahí se colgó, y nos la encontramos con la lengua fuera, y de ahí me tengo que colgar yo, porque otra mujer como esa no la hallaré, y m'hi quedao solo en el mundo por gritarla sin razón, porque me debían ahorcar a mí; ¡ay, Dios mío, qué esgracia tan grande!

—¿Esgracia?

—¡Digo!

—Esgracia, ¿eh? Eso, sigún. Porque si tú supías lo que es mi mujer...

(El forastero se queda mirando al clavo largo rato. Melchor le dice):

—¿Qué miras? ¿Qué estás pensando?

—¡Ay, Melchor, pienso... que quién tuviá un clavico como ése!

Los miramientos.

En el empingorotado pueblo de Botorrita, el día 1.º de enero de 1790, nacieron, a la misma hora, dos robustas criaturas que fueron bautizadas, la una, por ser varón, con el nombre de Manuel, y con el de Manuela la otra, por ser hembra.

Era Manuel hijo del *tío Cañuta*, el esportonero; y Manuela, hija del señor *Josef*, maestro y sacristán del pueblo.

Estando contiguas las moradas de los dos padres, y siendo éstos grandemente amigos, criáronse juntos Manuel y Manuela, y no separándose nunca, y creciendo a escote, desarrollóse el cariño en ambos, dando motivo a que dijera todo el pueblo que habían nacido el uno para el otro, y que serían marido y mujer andando el tiempo, fundiendo en una las dos ilustres ramas de los *Josef* y de los *Cañutas*.

El año 1808, cuando dió comienzo la gloriosa y asoladora guerra de la Independencia, era Manuela una robusta moza de ancha cadera y delgada pierna, ojos saltones y poblado cogote; y Manuel lucía

vanidoso sus grandes manos, juanetudos pies, su narigudo rostro y elevada estatura.

Nada se habían dicho los chicos a la fecha, pero ello es que se amaban; y al empuñar Manuel en defensa de la patria la escopeta de su padre, y al salir voluntario en busca del extranjero, le dijo Manuela, sosteniendo el hipo: «—Manuel, que no me olvides, que yo te aguardo hasta el día del juicio.»

Todo acaba en este mundo, y así acabó aquella guerra, que por poco acabó también con la España y los españoles.

Manuel pasó de soldado voluntario a soldado forzoso, y después de ocho mortales años de ausencia, hacía su triunfal entrada en Botorrita con la licencia en la mano cuatro chirlos en el cuerpo, tres pedazos de hojalata en el pecho y los bolsillos vacíos.

Habían muerto sus padres y también los de Manuela. Esta había heredado de los suyos la casa en que vivía, dos campos en la huerta y seiscientos reales en varias monedas.

Manuel no había heredado nada. Mejor

dicho: había heredado el mote de su padre, Manuel era ya *Cañuta*.

Cuando los dos huérfanos se encontraron después de tan larga ausencia, se quedaron un punto embelesados, contemplando con regocijo sus soberbias personas. Cañuta hallaba a Manuela más rechoncha, y Manuela a Cañuta más estirado.

—Cañuta—dijo Manuela, nuestros padres, al morir, nos han recomendado el uno al otro, encargándome te dijera ser su mutua voluntad que nos casemos, pero esto ha de ser con su cuenta y razón, para evitar murmuraciones; así es que no nos hemos de casar hasta que nuestras fortunas sean iguales. Yo tengo, mal contados, veintitrés mil reales en fincas y dinero; tú no tienes nada, pero eres hombre, y pronto, trabajando y ahorrando, te pondrás al nivel de mi fortuna.

—Me parece muy del caso lo que dices—contestó Cañuta—; siempre me han disgustado las *habladurías*, y ciertas cosas han de mirarse mucho; así, pues, a trabajar, y mientras, seamos como siempre, dos hermanos.

Cañuta emprendió con el trabajo mayor

guerra que la que hizo un día a los franceses, y cuando éstos volvieron el año 23, para lo que todo el mundo sabe, Cañuta, que tenía menos patriotismo y más gana de casarse, siguió a los hijos de San Luis sirviéndolos de cantinero; y tan bien se las hubo, que, concluída la libertad, tornó a su pueblo con cien onzas en el cinto.

—¡Manolica!—gritó no bien puso sus zancas en casa de su adorada prenda—. Avisa al cura, que con lo que traigo y con lo que tengo ahorrado poseo dos mil duros.

—Pues no hay medio de que nos casemos por ahora—contestó la moza—, que yo sólo tengo treinta y siete mil reales y seis cuartos.

—¿Y qué más da?—replicó Cañuta.

—Da mucho—añadió Manuela—. ¿No ves que murmura la gente?

—Es verdad—dijo Cañuta—. Aguardemos.

Y así se pasaron unos cuantos años, y llegó el 34, y creció la malhadada guerra civil.

—¿A cómo andamos de cuartos?—preguntó una tarde Cañuta a Manuela.

—Con lo que he economizado y con lo que he ganado hilando, hoy poseo cuarenta y un mil reales.

—¡Rediez!—exclamó Cañuta—, no me vas a alcanzar nunca; yo tengo a lo presente setenta y seis mil reales en tierras, aperos y dinero.

—¡Cómo ha de ser!—contestó Manuela—; aun podemos esperar.

—Pus esperemos—replicó Cañuta.

Ha dicho no se quién que el apetito viene comiendo y esto le sucedió a nuestro hombre. En fuerza de trabajar y atesorar, cobró gusto al dinero, y recordando lo mucho que ganó con los de Angulema, armó su cantina y se unió a las tropas liberales, con tan mala suerte, que fué hecho prisionero y encerrado en Cantavieja después del desastre de Pardiñas. Cuando más tarde esta plaza fué asaltada, libre, por fin, de tan largo cautiverio, volvió Cañuta a Botorrita, donde siempre, con igual constancia y cariño, le aguardaba su doncella.

—De esta hecha nos casamos—le dijo Manolica en cuanto le vió—; he aprovechado grandemente tu ausencia, y como

tenía amigos de mi padre en el campo de don Carlos, les he suministrado ropas, con lo cual he ganado algunos reales; también he administrado lo tuyo y te he guardado un pico regular.

—¿A cuánto asciende tu haber?—preguntó Cañuta.

—Con lo que ya poseía, a ochenta y seis mil reales.

—Pues no nos podemos casar, que con lo que yo tengo y tú me guardas no llego a tanto—contestó el mustio mancebo.

—No te aflijas, hombre, y esperemos.

—Esperemos—suspiró Cañuta.

Y siguieron esperando largos años, porque, con mayor fortuna, iba economizando Manuela una gran parte de sus rentas, mientras que Cañuta, que cultivaba los campos que había adquirido, por efecto de malas cosechas, se encontraba casi arruinado.

Quince mortales años continuaron nuestros héroes sin perder la paciencia un solo día. Era para ellos el tiempo cosa tan menguada y ruin, que ni se apercebían de las alteraciones que en su físico obraba. Tan sólo una tarde, contemplándose en

silencio con el habitual embeleso que lo hacían, dijo Cañuta a Manuela:

—¿Sabes que parece que se te vuelve el pelo rubio?

—¿Y sabes—contestó la doncella—que te crece la frente?

Ella encanecía y él encalvecía.

Vino el año 55, y con él la guerra de Crimea y el desarrollo en Aragón de la venta de vinos, y Cañuta, comprendiendo el partido de la alza que se podía sacar, se dió tan buena maña, que al año siguiente poseía trescientos sesenta mil reales, que se apresuró a ofrecer a su amada.

—No puedo aceptar—le dijo triste y resignada la enamorada doncella—; mi haber no llega a doscientos mil reales, pero aún somos jóvenes y podemos esperar.

¡La infeliz no recordaba que había nacido el año 1790!

De todos modos, comprendiendo la zagala que la distancia de su capital al de Cañuta era grande, resolvió aumentar sus ahorros dedicándose al comercio, para lo cual empleó la mayor parte de su caudal en algodones, tejidos e hilados, dando

principio a la venta al por menor en los pueblos de la ribera.

Poco prosperaba el negocio de Manuela, y sus modestos almacenes estaban henchidos de cuanto había comprado, cuando de la noche a la mañana les viene en mientes a los norteamericanos que no podían estar mejor el estar mal, y allá se los hubieron tirios y troyanos. Cerrados los puertos de la Unión, tomaron tal precio los algodones, que en poco tiempo vendió Manuela todos sus percales y triplicó su capital.

—¿Y ahora?—dijo Cañuta después de liquidar su comercio.

—¿Cuánto tienes?

—¡Quinientos mil reales!—respondió orgullosa Manuela.

—¡Si no fuera por lo que dirán! Pero es el caso—repuso Cañuta—que no tengo tanto como tú y que hay que esperar otro poco; por cierto que casi casi me voy cansando.

Y pasaron años, y tanto trabajó nuestro hombre, que el 72, al pasar cuentas con Manuela, los dos comprobaron con regocijo que tan sólo les faltaban treinta y cin-

co reales para que fueran iguales sus fortunas.

—Ya puedes encargarte la cama—dijo Cañuta a su adorada prenda—. De esta semana no pasa. Por fin vas a ser mía.

Ruborizóse la moza y se atusó los canas no sabiendo qué decir; tal era su emoción y regocijo.

Pero, ¡ay!, que el incauto mozo no contaba con el fatal capricho de la suerte, que hizo que la víspera del día que estaba destinado para celebrar la boda, la tan deseada boda, le tocara a Manuela el premio mayor de la lotería, aumentando su caudal con treinta y dos mil duros.

Grande fué la alegría de Manuela; que siempre el dinero tuvo la propiedad de alegrar a la gente; pero al ver tan afligido al desdichado novio, contuvo la natural expansión que brotaba de su pecho.

—Lo que es ahora—murmuró desconsolado Cañuta—ahora ya no puedo alcanzarte.

—Animo y no desmayes nunca—gritó la moza con varonil acento—. Emprende un negocio en grande, y si no tienes bastante con lo tuyo, toma de lo mío, que bien pue-

do prestarte mi dinero a módico interés.

Como por aquel tiempo tomó incremento la guerra en el Norte, Cañuta, siguiendo el consejo de Manuela, compró carros y acémilas y contrató transportes, y tantas mulas resucitó y tantos otros milagros hizo que al concluir la guerra tornó a Botorrita harto de oro y de alegría. Había encontrado el medio de igualar su fortuna a la de su amada, pues como ésta le había prestado su dinero, fácil le era, aumentando el interés, hacer la liquidación en forma que las dos partidas resultaran iguales.

— De mañana no pasa, Manolica — dijo Cañuta a su futura al presentarle las cuentas —. Mira, los dos poseemos un millón ciento noventa y cuatro reales.

— Dispensa, Cañuta — contestó la moza — tú posees doce céntimos más.

— ¡Demonio! — exclamó Cañuta —. ¡Cuánto miramiento!

De pronto se dió una palmada en la frente y gritó gozoso:

— Estamos iguales; en cuanto salga a la calle le doy los céntimos a un pobre; así como así, nunca me había ocurrido que sirviera para algo la limosna.

— ¡Qué bueno eres! — dijo Manuela mirándole enternecida.

Llegó, llegó por fin el suspirado día, martes 13 de octubre de 1876. El pueblo



estaba alborotado, pues los novios, queriendo hacer las cosas con rumbo, habían convidado a todos sus convecinos.

De madrugada se hallaba acicalándose Cañuta para presentarse con decoro en la iglesia, inquieto e impaciente al contem-

plar tan cerca su felicidad, que tanto había esperado, cuando entró en su casa la madrina deshecha en un mar de llanto.

—¿Qué sucede?—preguntó asustado el novio, presintiendo una desgracia.

—Sucede, desdichado Cañuta, que hemos encontrado muerta a la novia en la cama, y, según opinión del médico—¡qué horror!—ha muerto de vieja.

—¡Maldición!—gritó furioso el mísero Cañuta—. Este chasco no me lo esperaba. ¡Qué bien dijo el que dijo «que no por mucho madrugar amanece más temprano!»

No había consuelo posible para el pobre novio. Después de enterrar a su amada con gran pompa, se encerró en su casa y esperó a la muerte, que se presentó a los pocos días en forma de apoplejía.

Manuela y Cañuta reposan juntos. Se unieron para siempre en dos metros de tierra. Vivieron ochenta y seis años, robustos y felices, acariciando una ilusión: ¿hubieran sido más dichosos en la realidad?

Trastos y cuestión, como dice el tío Acial que aprendió el inglés en Ceuta.

X Una adivineta (1)

Es un día de invierno, de lluvia fría y persistente; día de huelga forzosa para los labradores, porque el campo rezuma agua y es imposible emprender labor ni dar un paso por los surcos.

Después de comer, como los *aperos* están recompuestos ya y no queda faena urgente que acometer, es cosa de irse a pasar un rato en las aceras de San Francisco para enterarse de lo que ocurre por el pueblo.

Allí se reúnen cuatro amigos, y, envueltos en sus mantas, hablan de todo un poco, aunque la discusión no debe ser muy empeñada; todos tienen las manos metidas en el *ciñidor*, y así se pasarán la tarde sin acompañar una sola vez la acción a la palabra.

Cuando se han agotado todos los temas y la conversación decae, hay que inventar

(1) Del precioso libro titulado *Historietas baturras*, por Gascón, y *Cuentos de mi tierra*, por Castro Les, que se vende a 1,50 pesetas en librerías y en esta Administración.

un medio, aunque sea inocente, de pasar el rato.

—¿Amos a icir *divinetas*?

—¡Amos! — dicen todos.

Y rompe el fuego Juan *el Mielero*, por ser el que tiene fama de más listo.

—Una cosa que empieza por *c* y acaba por *s*, ¿a que no sabís qué es?

—¡Ridiez, si no dices más!

—Es una cosa que empieza por *c* y acaba por *s* y se pisa, ¡me paice que más claro!

—Y se pisa, y se pisa... Ya lo sé; *caminos*.

—No vas bien.

—¡Reconcho! Pues eso empieza por *c*, acaba por *s* y se pisa...

—Güeno, ¿qué quiés que te diga? No es *caminos*.

—*Casas* — salta otro.

—*Timpoco*.

—*Carros*.

—Menos. ¿Va por *divinau*?

—No, no; *aguarte* una *miaja*. ¿Pa qué nos sirve la cabeza, si no es pa sacar *divinetas*? Pué que sea..., pué que sea... *caracoles*.

—Oye tú, ^{*mastello*} modrego ¿y los caracoles se pisan?

Claro que se pisan... sin querer, cuando andan por la hierba.

—Ya sé lo que es: *castillos*.

—No es *castillos*.

—*Cerros*.

—¡Quiá!

—*Canteras*.

—¡Ni por esas! ¿Va por *divinau*?

Y como todos callan, dándose por vencidos, Juan, pisando fuertemente las aceras para unir la acción a la palabra, dice muy convencido:

—¡*Ceras*, brutos, *ceras*!

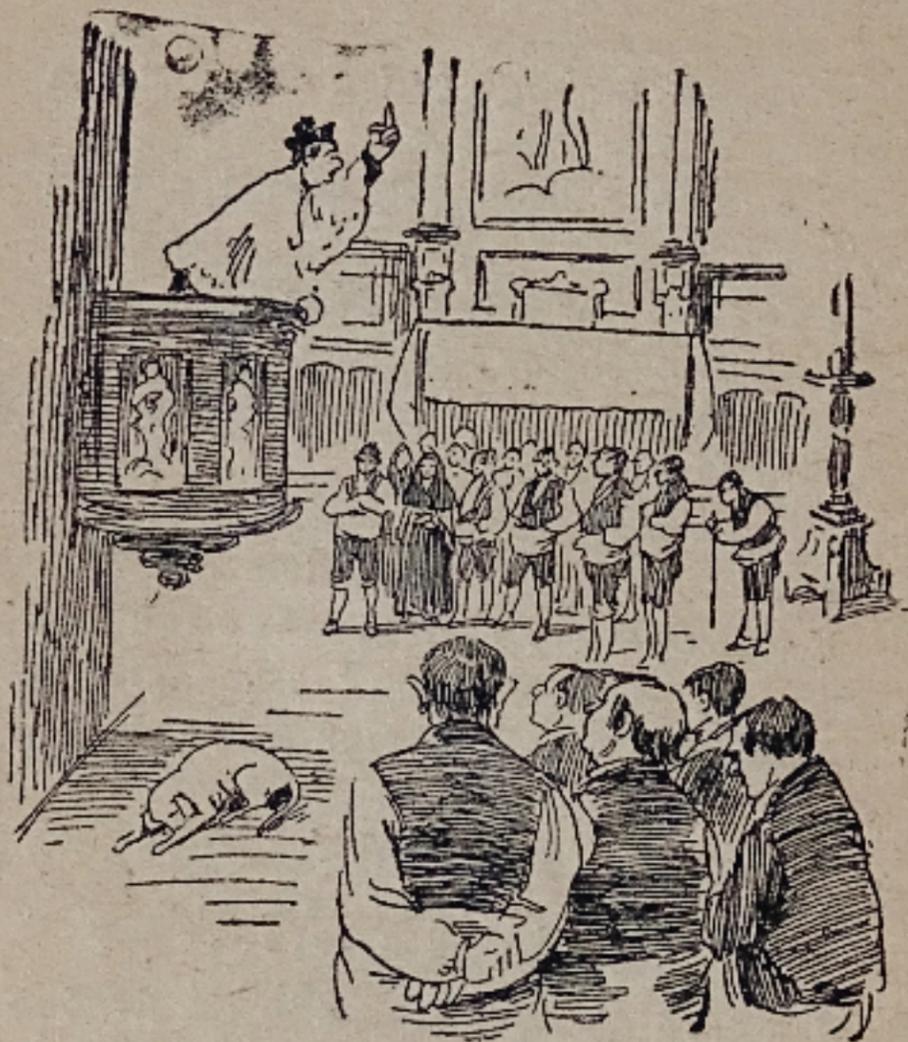
¿Quién va a ser?...

Un cura de un pueblecillo de Aragón participaba desde el púlpito a su auditorio el sacrilegio que se había cometido en aquella iglesia, robando los candelabros que había colocados en el altar mayor.

El padre cura repetía con frecuencia:

—¿Quién será el que habrá robado los candelabros? ¿Quién los habrá robado?

—Yo lo sé, padre — dijo un muchacho de corta edad.



—¿Quién ha sido, hijo mío? Dilo, que de esa boca de ángel sólo puede salir la verdad. Dilo.

—¡Los ladrones!...

Un documento histórico.

El documento cuya copia publicamos a continuación, es rigurosamente histórico. Está suscripto por el alcalde y el secretario

de un pueblecito de una de las provincias de Aragón, pueblecito que no nombramos, aunque por distintos méritos que los que guiaron a Cervantes para no señalar en su Quijote el nombre del que tuvo la suerte de albergar la cuna del héroe manchego.

El referido documento, copiado a la letra, dice así:

«Los abajo firmados, alcalde y secretario de..... certificamos a quien convenga que Juan Sánchez, cultivador y destructor de alimañas tales como lobo, zorra, perro rabioso y otras, á venido á declararnos que abía matao á una loba á la entrada del bosque al que abía encontrao las patas en la nieve.

Aviendonos trasportao sobre las dichas patas y nuestro secretario emos encontrao al animal muerto con nuestro secretario, al cual emos reconocido el seso esatamente, habièndo bisto que la dicha loba era lobo, todo con nuestro secretario al cual no emos podido sacar los lobecnos como manda la ley. Y por esto le libramos el certificado para el lobo solamente al efeto que le valga una prima, siempre con nuestro secretario, al cual emos cortao las patas para juntarlas con el presente para que lo balga lo que declaramos verdad y firmamos con el secretario en..... etc.»

Lo que achica el matrimonio.

CUBENTO POR GASCÓN



—Tío Misterio, esta chaqueta me viene estrecha.

—¿No te casas mañana? Pues dentro de ocho días abultarás la metá que agora.

LIBROS BATURROS

(RISA PARA TODO EL AÑO)

CUENTOS BATURROS, por Gascón.—Cinco tomos, con más de 200 cuentos cada uno compuestos y dibujados por el popular Gascón. Precio de cada tomo: 2,50 pesetas.

HISTORIETAS BATURRAS por Gascón, y CUENTOS DE MI TIERRA por Castro Les. Tres tomos, con numerosas ilustraciones. Pesetas 1,50 cada tomo.

CUENTOS ARAGONESES, por Eusebio Blasco.—Dos tomos, con ilustraciones de Gascón, 1,50 pesetas cada tomo.

NUEVAS BATURRADAS, por Alberto Casal, dibujos de Gascón. Pesetas 1,50.

CHASCARRILLOS BATURROS, por «Caireles», con ilustraciones de Gascón, 0,60.

Véase, además, la lista de los volúmenes de la BIBLIOTECA PARA TODOS, donde hay 87 tomos diferentes a 0,25 cada uno.

De venta en todas las librerías y en la Administración del NOTICIERO-GUIA, Lagasca, 101, quien los remite a provincias si los pedidos vienen con el importe

NOTICIERO-GUÍA DE MADRID

(26.^a edición)

Comentando la aparición de este importante anuario, ha dicho la acreditada revista «Nuevo Mundo»:

«Se ha publicado la nueva edición del *Noticiero-Guía de Madrid*, que ve la luz todos los años, bajo la dirección del prestigioso escritor D. Vicente Castro Les, autor de otras publicaciones bien conocidas y director de la revista de turismo «Gran Vida».

Goza este *Noticiero-Guía* madrileño de fama y crédito justamente adquiridos en un largo período de treinta años. Este es el mejor elogio que de sus páginas puede hacerse. Pero la edición actual supera en presentación, en utilidad y en interés a las anteriores, y esto merece ser registrado como debido homenaje a una labor de tantos años y de tan beneficiosos resultados para todas cuantas personas visitan a Madrid o quieren conocer detalladamente la villa y corte.

El *Noticiero-Guía de Madrid* está redactado con arte de buen escritor. Siendo su objeto dar a conocer el Madrid actual, prescinde de disquisiciones históricas y refiere al lector a obras bien documentadas de Jerónimo Quintana, Plnelo, Pellicer, Azcona, Amador de los Ríos, Rada y Delgado. En cambio, no prescinde de noticias o datos que puedan ser de utilidad al forastero o al madrileño curioso. Uno y otro encontrarán en las páginas del *Noticiero* cuanto pueda serles de momentáneo interés en toda clase de servicios y en horas dedicadas al paseo y a la distracción. Avaloran la nueva edición un plano en colores y numerosos fotograbados.

Precio del *Noticiero-Guía de Madrid*: 3,50 pesetas en rústica; 4 pesetas en pasta. Administración: Lagasca, 101, Madrid.

ÍNDICE

	<u>Págs</u>
Convite macabro, por Eusebio Blasco.	5
En la bodega, por Gascón.	12
El banquete, por Eusebio Blasco.	13
Un comentario, por Gascón.	18
El clavo, por Eusebio Blasco.	19
Los miramientos, por Aguetín Peiro.	23
Una adivineta.	35
¿Quién va a ser?	37
Un documento histórico.	38
Lo que achica el matrimonio, por Gascón.	40

Fábrica de CORBATAS

Capellanes, 12, MADRID

Biblioteca "Para Todos"

25 céntimos cada volumen

Las llamadas corresponden al dibujante que ha ilustrado cada tomo, y debe entenderse: (1), de Gascón; (2), de Robledano, (3), de Agustín; (4), de Márquez; (5), de Karikato; (6), de Manchón; (7), de Izquierdo Durán; (8), de Donax; (9), de Kike; (10), de Aguirre; (11), de Atiza.

Se han publicado los volúmenes siguientes:

- 1 al 10.—Nuevos chascarrillos baturros, por Calreles y Fogoso (1).
- 11 al 20.—Cuentos aragoneses, por Eusebio Blasco y Antón Pitaco (1).
- 21.—Nuevos chascarrillos taurinos (2).
- 22.—Chascarrillos militares. Dibujos de Karikato.
- 23.—Nuevos chascarrillos andaluces (2).
- 24.—Chascarrillos aromáticos, por Gorrínez (2).
- 25.—Chascarrillos aromáticos, segunda serie (5).
- 26.—Los reyes del chiste, Carlos Arniches (2).
- 27 y 28.—Diego Corrientes, el bandido generoso (2).
- 29.—Sherlok Holmes en Madrid. Nuevas aventuras del célebre detective (2).
- 30.—Chascarrillos estudiantiles, por Calreles (2).
- 31.—José María el rey de Sierra Morena (3).
- 32.—Los reyes del chiste, Ramos Carrión (2).
- 33.—Chascarrillos teatrales, por Calreles (2).
- 34.—Chistes y colmos (2).

- 35.—Sherlok Holmes.—El suceso del palco (3).
- 36.—Chascarrillos aromáticos, tercera serie (2).
- 37.—Chascarrillos aromáticos, cuarta serie (4).
- 38.—Cantares baturros (1).
- 39.—Chascarrillos de Gedeón, Plave y Calínez (2).
- 40.—Cantares andaluces (3).
- 41.—Cartas baturras (1).
- 42.—Cuentos andaluces (4).
- 43.—Chascarrillos militares, segunda serie (5).
- 44.—Idem gitanos (2).
- 45.—Cuadros baturros (1).
- 46.—Chascarrillos fúnebres, por E. A. y B. (2).
- 47.—Cuentos gallegos (5).
- 48.—Chascarrillos galantes. Dibujos de Márquez.
- 49.—Chistes y colmos, segunda serie. Dibujos de varios.
- 50.—Chascarrillos estudiantiles, segunda serie (4).
- 51.—Chascarrillos aromáticos, quinta serie (4).
- 52.—Cuentos andaluces segunda serie.

- 53.—Chascarrillos aragoneses, Calreles y Navasal (1).
- 54.—Chascarrillos y advinanzas (7).
- 55.—Cuentos teatrales (6).
- 56.—Chascarrillos amorosos, por B. A. y B. (2).
- 57.—Idem de sacristía (6).
- 58.—Los reyes del chiste. Vital Aza. Caricatura de Fresno. Dibujos de Manso.
- 59.—Chascarrillos de Gedeón, segunda serie (4).
- 60.—Cantares baturros, segunda serie (1).
- 61.—Chascarrillos judiciales. Dibujos de Manchón.
- 62.—Chistes y colmos, tercera serie (7).
- 63.—Chascarrillos aromáticos, sexta serie (6).
- 64.—Chascarrillos y alluelas (4).
- 65.—Cuadros baturros, segunda serie, por T. Iriarte (1).
- 66.—Cuentos de la escuela (8).
- 67.—Chascarrillos médicos (6).
- 68.—Idem conyugales. Dibujos de Zuñiguita.
- 69.—Idem aragoneses, segunda serie, por Calreles y Fray Augusto (1).
- 70.—Idem y advinanzas, segunda serie (8).
- 71.—Idem valencianos (8).
- 72.—Idem de Luis Esteso (8).
- 73.—Idem madrileños. Dibujos de Arveras.
- 74.—Idem aragoneses, tercera serie (1).
- 75.—Idem militares, tercera serie (4).
- 76.—Idem amorosos, segunda serie (11).
- 77.—Idem de Gedeón (11).

- 78.—Idem judiciales, segunda serie (4).
- 79.—De Utebo a Zaragoza, por Casañal (1).
- 80.—Chistes y colmos, 4.ª serie (11).
- 81.—Chascarrillos médico-quirúrgicos, 2.ª serie (8).
- 82.—Chascarrillos franceses. Dibujos de Atiza.
- 83.—Chascarrillos políticos, por V. G. y C. (2).
- 84.—Cuentos y chascarrillos gallegos (7).
- 85.—Cuentos de viaje (8).
- 86.—Chascarrillos aragoneses, cuarta serie (1).
- 87.—Chascarrillos franceses, segunda serie (8).
- 88.—Cuentos de baños (8).
- 89.—Cuentos andaluces, tercera serie (10).
- 90.—Chascarrillos estudiantiles, tercera serie (7).
- 91.—Chascarrillos catalanes, texto y dibujos de Donax.
- 92.—Chascarrillos aromáticos, séptima serie (9).
- 93.—Chascarrillos de suegras (8).
- 94.—Chascarrillos gitanos, segunda serie (10).
- 95.—Cuentos de la escuela, segunda serie (9).
- 96.—Chascarrillos de café (8).
- 97.—Chascarrillos aragoneses, quinta serie (1).
- 98.—Los reyes del chiste. Vital Aza, segunda serie (2).
- 99.—Cantares baturros, tercera serie (1).
- 100.—Chascarrillos aromáticos, octava serie. Dibujos de Tovar, Xaudaró y Zuñiguita.
- 101.—Chascarrillos madrileños.

leños, con poesías de Castro Les, López Silva y Antonio Casero (7).

102.-Bandidos célebres.—El señor Juan Caballero, por E. A. y B. (7).

103.—Cuentos de camino, por E. A. y B. (9).

104.—Cartas baturras, segunda serie, por Castro Les, Casañal, Iriarte, Gállego y Martínez Gomar (1).

105.—Chascarrillos de la bohemia, por Fray Nasarre (7).

106.—Las Menegildas, chascarrillos de amos y criados (9).

107.—Chascarrillos asturianos, 1.^a serie (7).

108 y 109.—Bandidos célebres.—Jaime el Barbudo, dos tomos (7).

110.—Cuentos extremeños, por F. Reaño (7).

111.—Chascarrillos aragoneses, sexta serie (1).

112.—Chascarrillos de sacristía, segunda serie (7).

113.—Chascarrillos conyugales, segunda serie (9).

114.—Chascarrillos militares, cuarta serie (4).

115.—Cuadros baturros, tercera serie, por T. Iriarte (1).

116.—Cuentos gitanos, tercera serie (8).

117.—Chascarrillos asturianos, segunda serie (7).

118.—Idem aromáticos, novena serie (11).

119.—Idem de borrachos (9)

120.—Chascarrillos de porteras).

121.—Idem aragoneses, séptima serie (1).

122.—Idem aromáticos, décima serie (8).

123.—Idem y Camelos (9)

124.—Cantares baturros, 4.^a serie (1).

125.—Chascarrillos de borrachos (7).

126.—Cuadros baturros, por T. Iriarte, 4.^a serie (1).

127.—Chascarrillos aromáticos, 11.^a serie (10).

128.—Idem de sacristía, 3.^a serie (9).

129.—Chascarrillos y cuentos de porteras, segunda serie (9).

130.—Cuadros baturros, por Teodoro Iriarte, quinta serie (1).

131.—Chascarrillos de borrachos, tercera serie (7 y 10).

132.—Cantares baturros, quinta serie (1).

133.—Chascarrillos aromáticos, serie 12 (9).

134.—Chistes y colmos, 5.^a serie, dibujos de Arbuniés.

135.—Cuentos extremeños, 2.^a serie (7).

136.—Cuadros baturros, cuarta serie (1).

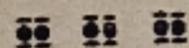
137.—Las mejores poesías de Espronceda (7).

138.—Cantares baturros, sexta serie (1).

139.—Chascarrillos aromáticos, 13.^a serie, dibujos de Arbuniés.

MOISÉS SANCHA

GRAN SASTRERIA DE MODA



Especialidad en prendas y artículos para turistas, alpinistas, cazadores y demás deportistas.

Equipos para CHAUFFEURS, cocheros, lacayos, guardas, etc., etc.



MADRID--Calle de la Montera, n.º 14

“BAR SOL,, RESTAURANT

CAFE, CERVEZA, CHOCOLATES

∴ ∴ ∴ PASTELERIA ∴ ∴ ∴

EN EL ENTRESUELO ALMUERZOS
Y CENAS A PRECIOS ECONOMICOS

Puerta del Sol. 6 y Carretas, 1

Manzanilla amarga del Moncayo marca LA BATURRICA

DE VENTA EN TODAS PARTES

RECOMEN-
DADA
POR
EMINENTES
MÉDICOS



PREMIADA
EN
VARIAS
EXPOSICIO-
NES

MANZANILLA AROMÁTICA
“ESPIGADORA”

Esta exquisita manzanilla de las montañas de Aragón, tan famosa por sus virtudes para las afecciones del estómago e intestinos, es la más pura, la más eficaz, la más limpia e higiénica.

Los que la toman a diario no padecen del estómago, tienen buen apetito y evitan los catarros.

Las madres no deben carecer de ella dada su eficacia en las indisposiciones de los niños.

La manzanilla ESPIGADORA es la más barata de todas, y se vende en farmacias, droguerías y coloniales de España y América.

DEPÓSITOS

En Madrid: PÉREZ MARTIN Y COMP.^ª
ALCALÁ, NÚMERO 7

Buenos Aires: GONZALO SAEZ Y C.^ª
MAIPU, 24 Y 25

México: LEBARIO Y RUIZ, Sucesor.

Biblioteca "PARA TODOS"

Véase en las páginas, junto al índice, la lista completa de los volúmenes publicados.

¡¡EUREKA!!



VENTAJAS

que se consiguen con el
calzado

¡¡EUREKA!!

BUN HUMOR

por la comodidad

ECONOMÍA

por la duración

ELEGANCIA

por la novedad



Nicolás María Rivero, 11.—MADRID